

» ginacion oriental cuanto se encuentra en ellas
» de extravagante y fabuloso. »

Muchas veces confunden á Alejandro con Dhu'l Karnein ó el hombre de los dos cuernos de que hace mencion el *Coran*, tal vez porque vieron en las medallas la cabeza con cuernos de Ammon. En largos y desabridos romances da cima aquel héroe á empresas maravillosas y extravagantes, oportunas para las *Mil y una noches*, y donde principia sus cartas con la fórmula de un piadoso musulman.

Hemos visto en la *Relacion* (l. III, c. I) que, segun los historiadores persas, Alejandro es hermano de Darab II. Darab I llegó al trono despues de dificiles pruebas, tuvo guerra con Fikons (Filipo), rey de los Griegos, y lo venció, obligándole á pagar un tributo anual de cuarenta mil huevos ó monedas de oro de esta figura, y pidió y tuvo por esposa á su hija. Aunque era de las mas hermosas de Grecia, notó en ella la primera noche un olor tan malo que la volvió á su padre, hallándose ya en cinta de un hijo que despues fué Ascánder ó Alejandro, el cual cuando llegó á mayor edad rehusó dar e tributo á Darab II, su hermano consanguíneo, y cuando este se lo pidió, Ascánder respondió que los pájaros que habian producido aquellos huevos habian volado á otro mundo. Para sostener esta negativa, se puso en marcha con su ejército, entró en Asia, venció á Darab en una batalla, el cual al morir por traicion de sus generales, rogaba á Ascánder que castigase á sus asesinos, que se casase con su hija Rusceng (Rojana), y que no confiase las provincias del imperio á gobernadores extranjeros. Así lo escribe Mirkondi. Otro autor (1) añade que Ascánder lo hizo así, á instancia tambien de Aristóteles, su primer visir.

Hasta aquí es fácil conocer que los escritores orientales bebieron en las fuentes griegas, pero en ellos se encuentran algunos hechos ignorados por los clásicos. Habiéndole preguntado por qué honraba mas á su maestro que á su padre, contestó : « Porque mi padre me hizo bajar del cielo á la tierra, mientras que las instrucciones de mi maestro me elevan de la tierra al cielo (2). »

Á un consejero que habia estado mucho tiempo á su servicio le dijo : « No estoy contento de tí, sé que soy hombre y estoy sujeto á errar, y sin embargo jamas me has corregido. Si no lo has conocido, tu ignorancia te hace indigno del puesto que ocupas; si lo conociste, tu silencio es una verdadera traicion (3). »

Algunos se maravillaban de que tan jóven hubiese adquirido tanto poder, y mas aun de que hubiese sabido conservarlo, y Alejandro dijo : « Lo conseguí observando dos máximas :

(1) SAHIA AL CASVINI, en el *Lebtarikh*.

(2) VIT. BABALARIAH.

(3) HAFEZ, in *Baharistan*.

» tratar bien á los enemigos hasta tal punto
» que encuentren su interes en tenerme amigo,
» y tratar á los amigos de modo que se sujeten
» doblemente á mi servicio. »

Queriendo probar á un cortesano, lo trasladó de un elevado empleo á otro humilde. Despues de algun tiempo, le preguntó si le agradaba y cómo le desempeñaba : « Demasiado bien (res-pondió el cortesano), porque el empleo no honra al hombre, sino el hombre al empleo cuando manifiesta en él probidad y prudencia. » Alejandro por esta respuesta le volvió su primera categoría y le hizo un buen regalo (1).

Refiere Mirkondi que se presentó á Alejandro un hombre mal vestido con una peticion bien escrita, y que el príncipe, admirado de su estilo y pensamientos, mirándole de piés á cabeza, le dijo : « Si te hubieses presentado ante mí con un vestido tan decente como aquel con que vistes tus pensamientos, tu presencia me hubiera sido mas agradable. » El suplicante contestó súbitamente : « La naturaleza dió á vuestro siervo la habilidad de escribir que vos alabáis, y á vos, cuya generosidad es pública, corresponde darme un traje que me haga digno de comparecer á vuestra presencia. » Esta justa y modesta respuesta agradó tanto á Alejandro que no solo le regaló un magnífico vestido, sino tambien una crecida cantidad.

Iguales sentimientos se refieren en la relacion que hace Farea en el *Baharistan*. Habiéndose apoderado Alejandro de una ciudad, la abandonaba al furor de sus soldados, cuando los cortesanos le dijeron que en ella habitaba un ilustre filósofo. Hizolo venir y vió que su aspecto no estaba acorde con su fama, y volviéndose á los cortesanos, les dijo : ¿Qué me habéis traído aquí? Al momento el filósofo improvisó estos versos :

Príncipe, cuyo talento
No ignala en mucho á tu fama,
¿Por qué te inspira mi aspecto
Tal desprecio de mi alma?
¿No sabes que nuestro cuerpo
Es tan solo una cubierta
Que envuelve al alma invisible
Mientras dura la existencia?
¿No conoces que así juzgas
Del mal temple de una espada,
Cuando solamente has visto
La apariencia de su vaina?

Y luego añadió en prosa : « De un hombre despojado de virtud puede decirse que su cuerpo es una prision tan ingrata al alma que cualquiera otro confinamiento le parecería la libertad : el malvado sufre continuos tormentos, y para castigarlo no se necesita guardias ni verdugos; porque su pellejo le forma una prision de donde en vano desearia salir. » Despues dijo : « Nada es tan irracional

(5) MOIANNABI presso Herbelot, art. *Ascander*.

» como envidiar á otros los dones que les con-
» cede naturaleza. El corazon del envidioso
» está siempre lleno de despecho contra el
» Criador; cree que está mal distribuido cuan-
» to los demas poseen, y codicia lo que no le
» cupo en suerte. Siendo costumbre de los
» envidiosos quejarse de aquel que gobierna el
» mundo con infinita sabiduría, la boca que
» así murmura de la Providencia no merece
» otra respuesta que llenarla de tierra. Un
» hombre semejante, al ver el bien de su veci-
» no, exclama : — ¿Por qué este debe tener
» mas que yo? »

Al llegar aquí calló, y Alejandro que admiraba igualmente su valor y su sabiduría, le mandó que continuase, aprobando cuanto habia dicho, y él prosiguió de este modo : « El sabio hace partícipes de sus riquezas á sus amigos mientras vive; el avaro locamente acumula tesoros para sus enemigos. Las burlas que los grandes hacen de sus inferiores, envilecen á los grandes mismos y dispensan á los demas de los respetos que les son debidos. El que se fatiga en combatir á los que no se atreven á contrarestarle, será fácilmente vencido cuando encuentre quien se atreva á resistirle, y el que sin piedad pasa á otros por el filo de las espadas, conocerá un dia cuán injusto y doloroso es este tratamiento. » Afectado Alejandro por estas razones, perdonó á los ciudadanos que habia condenado á muerte, y recompensó al filósofo el consejo que le habia dado.

El autor del *Nichiaristan* refiere, que habiendo presentado á Alejandro un famoso rebelde, lo puso en libertad, y un favorito le dijo : « Si yo hubiera estado en vuestro lugar, no habria usado de clemencia. » Alejandro contestó : « Y yo le perdono, porque no estoy en el tuyo. » Es la sabida respuesta á Parmenion.

Conociendo que se acercaba su muerte, escribió á su madre : « Tu hijo, despues de haber contado algunos instantes de vida, está próximo á ser víctima de la muerte; desaparecerá como un relámpago y no dejará en pos de sí mas que materia para discursos á las futuras generaciones (1). »

Los escritores de otros países de Oriente tambien mezclaron diversas fábulas en la historia de Alejandro. Juan Melala, que escribió la de los emperadores de Constantinopla, aunque en su mayor parte sigue á los autores griegos, trae sin embargo algunas anécdotas, que evidentemente son de origen oriental. Solia Alejandro, dice, en sus expediciones, acompañar de incógnito á los embajadores que enviaba á varias córtes para facilitar sus designios por medio de sus observaciones. Habiéndolo sabido Candáces, reina de Etiopia, y llegando á su noticia que era bajito, que tenia los dientes largos, algunos de los cuales le salian por el

(1) HERBELOT, lugar cit.

labio, y que uno de sus ojos era ceniciento y el otro negro, apenas se le presentó le dijo : « Oh Alejandro, eres el mas valiente de todos los hombres, pero una mujer te ha vencido con su destreza. » El príncipe contestó : « Por eso tomo bajo mi proteccion tanto á ti como á tus súbditos, como una recompensa á tu superioridad y deseo llegar á ser tu esposo. » Candáces aceptó (1).

El célebre historiador árabe Abul-Faragio refiere lo siguiente : « Secánder ben-Filukuf reinó seis años antes de la muerte de Darío y seis años despues; sojuzgó muchas naciones, dilató su imperio hasta la India y las fronteras de la China; llamábase tambien Dhu'l-Karnein, esto es, de dos cuernos, porque su poder se extendia de Oriente á Occidente; venció treinta y cinco reyes, fundó doce ciudades... Redujo la India y murió envenenado en Babilonia; fué llevado en un féretro de oro por los nobles y el rey hasta Alejandria de Egipto, donde fué sepultado. Secánder principió á construir la muralla de Yajuii, de piedra y hierro; con fuego se hacía colar el hierro entre las piedras, cada una de las cuales tenia doce codos de largo y ocho de ancho. Cuando se concluyó esta muralla se extendia hasta el lugar llamado Bab-el-Abwah, de donde se continuó sobre las montañas hasta el mar de los Griegos. Muchos reyes de Persia, para librar sus Estados de las invasiones de los Turcos, buscaron el lugar donde ella comenzaba, pero fué en vano, hasta que la descubrió Isdegerd, si bien la concluyó Cosróes Nuscirvan, etc., etc. »

Esta muralla es otra de las fábulas orientales; se cree que estaba á la parte opuesta la nacion de Gog y Magog, que tienen la cabeza de perro y que tratan continuamente de perforar la lamiéndola, y lo conseguirán antes del dia del juicio y entonces traerán sobre la tierra males indecibles.

Creemos este lugar á propósito para insertar un apólogo relativo á Alejandro, que sacamos del *Talmud* :

Siguiendo Alejandro su camino por estériles desiertos é incultos terrenos, llegó á un arroyuelo, cuyas aguas corrian ligeramente entre dos frescas riberas. Su superficie, que no alteraba ningun viento, era la imágen del contente y parecia decir callando : « Ved aquí la mansion de la paz y del descanso. » Todo estaba en calma y solo se oía el murmullo de las aguas, las cuales parecia que repetian al oído del fatigado viajero : « Acérate á tomar la porcion que te pertenece de los beneficios de la naturaleza, » y que se quejaban de que esta invitacion fuese en vano. Mil deliciosas reflexiones habria sugerido esta escena á un alma contemplativa, ¿pero cómo podia fascinar la de Alejandro llena enteramente de ambiciosos proyectos de conquista, y cuyos oidos se habian familiarizado con el choque de las armas y los

(2) Κρονουραπλα, p. 219.

gemidos de los moribundos? Alejandro pasó adelante. Sin embargo, desfallecido de hambre y cansancio, muy pronto se vio obligado á detenerse. Sentóse sobre una de las riberas del arroyo, tomó algunos sorbos de agua, que le pareció muy refrigerante y de exquisito sabor. Se hizo preparar pescados salados de los cuales se hallaba bien provisto, y los sumergió en el agua para moderar lo excesivo de su acre sabor; pero cuál fué su maravilla al observar que despedían una suave fragancia. « Ciertamente (dijo) que este arroyo privilegiado con tan raras virtudes debe tener su manantial en algun rico y bienaventurado país. Busquémoslo. » Y remontando contra la corriente del agua, llegó Alejandro á las puertas del Paraíso. Estaban cerradas; llamó y del modo acostumbrado pidió se le permitiese la entrada. « Tú no puedes ser admitido aquí (gritó dentro una voz), esta es la puerta del Señor. »

— « Yo soy el señor, el señor de la tierra (replicó el impaciente monarca); soy Alejandro el conquistador; ¿por qué tardan en abrir? »

— « No (se le respondió), aquí no se conoce otro conquistador que el que doma sus pasiones; solo los justos pueden entrar aquí. »

Alejandro trató inútilmente de forzar la mansión de los bienaventurados; no le valieron amenazas ni súplicas. Viendo que todo su estudio era en vano, se dirigió al guarda del Paraíso y le habló de este modo: « Tú sabes que soy un gran rey, que las naciones me prestan homenaje; si no quieres introducirme, dame á lo ménos alguna cosa que demuestre al mundo admirado que he venido á este sitio que ningún mortal visitó antes que yo. »

— « Oh insensato (contestó el guarda), aquí tienes una cosa que puede curar los males de tu alma. Una simple mirada que le dirijas puede enseñarte mayor sabiduría que la que hasta aquí has recibido de tus antiguos maestros. Ahora sigue tu camino. »

Alejandro tomó ávidamente lo que se le daba y volvió á su tienda; pero ¡cuán sorprendido quedó al ver que el don que se le había hecho, no era otra cosa que un pedazo del cráneo de un muerto! « ¿Este es, pues (exclamó), el hermoso don que hacen á los reyes y á los héroes? ¿Este es, pues, el fruto de tantos trabajos, peligros y afanes? »

Furibundo y burlado en su esperanza, arrojó aquel miserable resto de los despojos mortales. Gran rey (le dijo un sabio que se hallaba presente), no desprecies ese donativo; por poco que parezca á tus ojos, tiene extraordinarias cualidades, como de ello puedes tú mismo asegurarte si lo pesas con el oro y con la plata.

Alejandro mandó que se probase; se trajo un peso; el resto de cráneo fué puesto en uno de sus platos y oro en el otro, y con asombro

de todos, el del hueso bajó. Se añadió otro metal y siempre fué mas ligero, de modo que cuanto mas oro se ponía en este plato tanto mas subía. « Es maravilloso (dijo Alejandro) que un pedazo tan pequeño de hueso pese mas que tanto oro. ¿No habrá ningún contrapeso que sirva para ponerlo en equilibrio? »

— « Ciertamente que sí (dijo el sabio); poco basta para ello, y tomando un poco de tierra cubrió el hueso y al momento subió el plato que lo contenía. »

— « Esto es tambien extraordinario (exclamó Alejandro); ¿sabrias explicarme este fenómeno? »

— « Gran rey (contestó el sabio), este fragmento de hueso es el que encierra el ojo humano, el cual, aunque limitado en su volumen, es ilimitado en sus deseos; cuanto mas tiene, mas quisiera; ni el oro, ni la plata, ni ninguna otra riqueza terrena podría satisfacerle. Pero cuando ya ha bajado á la tumba y se halle cubierto de tierra, allí está el límite de su ambición (1). »

(1) Muchos se dejan llevar de una grande admiración al leer las empresas de Alejandro Magno: no ha participado de ella el Inglés Grote, que está dando á luz una historia de Grecia. En el Macedonio no sabe ver mas que el enemigo y destructor de las repúblicas libres, un extranjerero que absorbe tambien en sus Estados á la Grecia, quitándole la libertad. Violento y encaprichado, hombre de una vanidad desmedida, va hasta creerse hijo de los dioses: si (lo que es la única cosa en que se parece su carácter al de los helenos) admira á los héroes de Homero, para imitarlos, no repara en la atrocidad que comete contra Bátis, á quien arrastra lo mismo que arrastró Aquiles al cadáver de Héctor. Le faltaba enteramente el sentimiento de la reciprocidad de los derechos y de los deberes, que es el carácter del libre ciudadano heleno; y no solo se manifiesta cruel contra Parmenion y Filotes, mas tambien induce á sus oficiales á que hagan una carnicería, que solo es propia de la salvaje Iliria y no de la Grecia. Se leataba Alejandro de ser el vengador de la Grecia contra los Bárbaros que un siglo y medio antes le habían incendiado las ciudades y los templos, y consideraba como enemigos y traidores de la patria á los que no se pusieran con él y contra Dario. Sin embargo, de muy distinto modo le miraban Demóstenes y los otros buenos patricios; les parecia que aquella pretension que tenia Alejandro de ser el representante de la Grecia, era un efecto de la codicia macedónica; al paso que tanto se había desvirtuado la Grecia que solo con el apoyo de la Persia podía sacudirse el yugo de la tiranía macedónica. Habría habido iniquidad, dice Demóstenes, en hacerse el aliado de los Persas contra otros Helenos, pero no en pedir su apoyo contra un enemigo extranjerero mas de temer y mas vecino.

En grado eminente poseía Alejandro la calidad de hombre de acción, y con ella ha tocado la imaginación de sus vendedores mas que ningún otro antiguo; pero no es cierto que tuviese la idea de civilizar y mejorar al linaje humano. No hizo conquistas mas que para satisfacer su desmedido amor propio; se proponía seguir el sistema persa, modificando solamente la organización militar. Condena Grote por completo la tentativa de fundir en un solo pueblo á los Europeos y á los Asiáticos; y en lugar de helenizar á la Asia, es de parecer que miraba á hacer asiáticas á la Grecia y á la Macedonia, preferiendo los usos serviles de los Asiáticos al lenguaje libre; y si la conquista echó un barniz helénico sobre el mundo oriental, el helenismo genuino, es decir, aquel conjunto de sentimientos, de ideas, de energía, que hicieron ver los Griegos mientras fueron dueños de sí mismos, jamas pasó á Asia; antes bien se quedó apagado y fueron gastándose poquito á poco su fuerza vital, su genio inventor, el poder de acomodamiento, y el activo espíritu público.

NÚM. VII

CATON.

(234 — 149 ANTES DE J. C.)

Acostumbrando los Romanos á llamar hombres nuevos á aquellos que no tenían ningún lustre por su nacimiento y que empezaban á distinguirse por sí mismos, llamaban así tambien á Marco Porcio Caton Tusculano; mas este decia que era nuevo en cuanto á magistraturas y gloria, pero que en acciones y virtudes de sus antepasados era antiquísimo. Al principio su tercer nombre no era Caton, sino Prisco; mas despues se llamó Caton á causa de su sagacidad, pues que los Romanos llaman *Catus* al hombre experimentado y sagaz. Era de rostro sonrosado y ojos azules, y en cuanto á la complexion de su cuerpo, con la fatiga, la sobriedad y viviendo entre la milicia desde sus primeros años, llegó á poseerla muy sana y robusta.

Por lo que toca á la elocuencia, teniéndola como un segundo cuerpo y como un instrumento bello y necesario para el que no quiere llevar una vida abyecta é inactiva, se adiestraba en ella y la ponía en práctica defendiendo y patrocinando de cuando en cuando á aquellos de las tierras y aldeas vecinas que lo necesitaban; así que al principio fué tenido por un arrojado y valiente disputador, y despues por orador de mucha habilidad. Así se fué manifestando, mayormente á los que con él trataban, la gravedad de sus costumbres y su sabiduría, por las cuales se conocía que le competía manejar grandes negocios y una República dominante y soberana, pues no solamente se abstuvo de recibir ningún género de recompensa por su trabajo y contiendas en los litigios, sino que demostraba que no hacía gran cuenta ni se contentaba con la gloria que adquiría en ellos; pues que habiendo querido hacerse mucho mas célebre en las batallas y empresas militares contra enemigos, tenía el pecho lleno ya de cicatrices, cuando todavía era jóven, diciendo él mismo, que á la edad de diez y siete años fué por primera vez á la guerra, en aquellos tiempos en que Aníbal llevaba toda Italia á fuego y sangre.

En las batallas manifestaba vigor en su mano, la firmeza y constancia en su pié, altanería y

ferocidad en su semblante, lanzando palabras amenazadoras, con áspero tono, considerando justamente y enseñando que semejantes artes intimidan á veces al enemigo mas que la espada. En las marchas llevaba él mismo sus armas, haciéndose seguir con las provisiones por un solo criado, con el cual dicen que nunca se encolerizó ni reprendió, sea cual fuese el modo con que le preparase la comida ó la cena, ántes al contrario, concluidas las obligaciones militares él mismo le ayudaba á preparar lo necesario. En el campamento bebia siempre agua, excepto cuando sentía una sed ardentísima, en cuyo caso pedia vinagre, ó cuando estaba muy enervado, que bebia un poco de vino de poca fuerza.

Junto á sus campos estaba la quinta de aquel Manio Curio que había triunfado tres veces. Por allí paseando frecuentemente observaba la breve extension de aquel poder y cuán humilde y comun era la casa, deduciendo de esto cuál debia ser aquel personaje, que siendo grandísimo entre todos los Romanos, habiendo subyugado gentes muy belicosas y arrojado á Pirro de Italia, cultivaba no obstante por sí mismo aquella propiedad, y despues de conseguidos los triunfos habitaba aquella casucha. En ella le hallaron una vez los embajadores de los Sannitas, sentado junto al hogar asando nabos, y habiéndole ofrecido mucho oro lo rehusó, respondiendo que para nada lo necesitaba el hombre á quien bastaba aquella comida, y que, en cuanto á él, tenía por mucho mas lisonjero dominar á los que poseían oro que poseerlo por sí mismo. Revolviendo estas cosas por su mente, retrocedió Caton, y considerando su propia casa, sus tierras, sus siervos y su modo de vivir, se dedicó con mas ahinco al trabajo y restringió sus gastos.

Cuando Fabio Máximo tomó á Tarento, Caton, muy jóven todavía, militó á sus órdenes, en cuyo tiempo, habiendo sido huésped de un tal Nearco, pitagórico, trató de comprender sus discursos. Oyendo disputar y decir las mismas cosas que Platon, el cual llamaba al placer un